

LAS  
NAVES  
DE LA  
MAGIA



ROBIN HOBB

Tronconjuro. Madera viva. El bien máspreciado del mundo. Como tantas otras mercancías de leyenda, únicamente se encuentra en los Territorios Pluviales.

Mitonar es un centro de comercio exótico y el hogar de una nobleza mercante afamada por sus barcos vivientes: naves hechas de madera de mago, que maduran mágicamente hasta alcanzar un estado de consciencia.

La fortuna de una de las familias más antiguas está depositada en una nave recientemente despertada, *Vivacia*. Para Althea Vestrit, la nave es su legítima herencia que le ha sido negada, un legado que hará lo que sea por recuperar. Para Wintrow, sobrino de Althea, al que han interrumpido de sus estudios religiosos para servir a bordo, *Vivacia* es una condena perpetua. Pero el destino de la familia Vestrit —y del barco— puede estar en manos de un extraño, que trata de hacerse con el poder sobre todos los habitantes de las Islas Piratas...

Dedicado a  
La *Zarpa del Diablo*  
El *Tótem*  
El *E J Bruce*  
El *Almuerzo Gratis*  
El *Labrador* (¡Escamas! ¡Escamas!)  
La (nunca mejor dicho) *Bahía Masacre*  
La *Leal* (¡Gominolas a la vista!)  
El *Punto de Entrada*  
El *Cabo St John*  
El *Patriota Americano* (y Capitán Wookie)  
La *Belicosa Lesbiana*  
La *Anita J y la Marcy J*  
El *Tarpón*  
El *Capelán*  
El *Delfín*  
La *Bahía de las* (no demasiado) *Buenas Noticias*  
Y hasta al *Pollito*

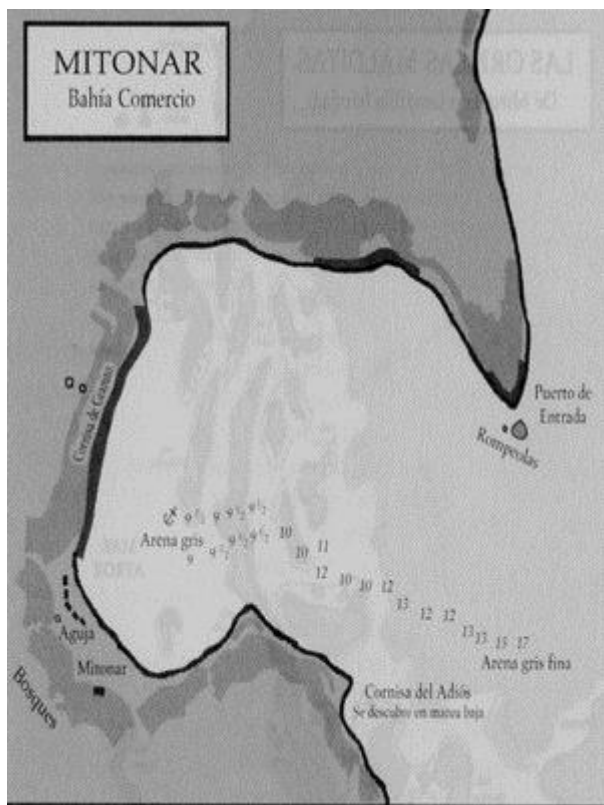
Pero muy especialmente para la *Dama de la Lluvia*,  
dondequiera que esté ahora...

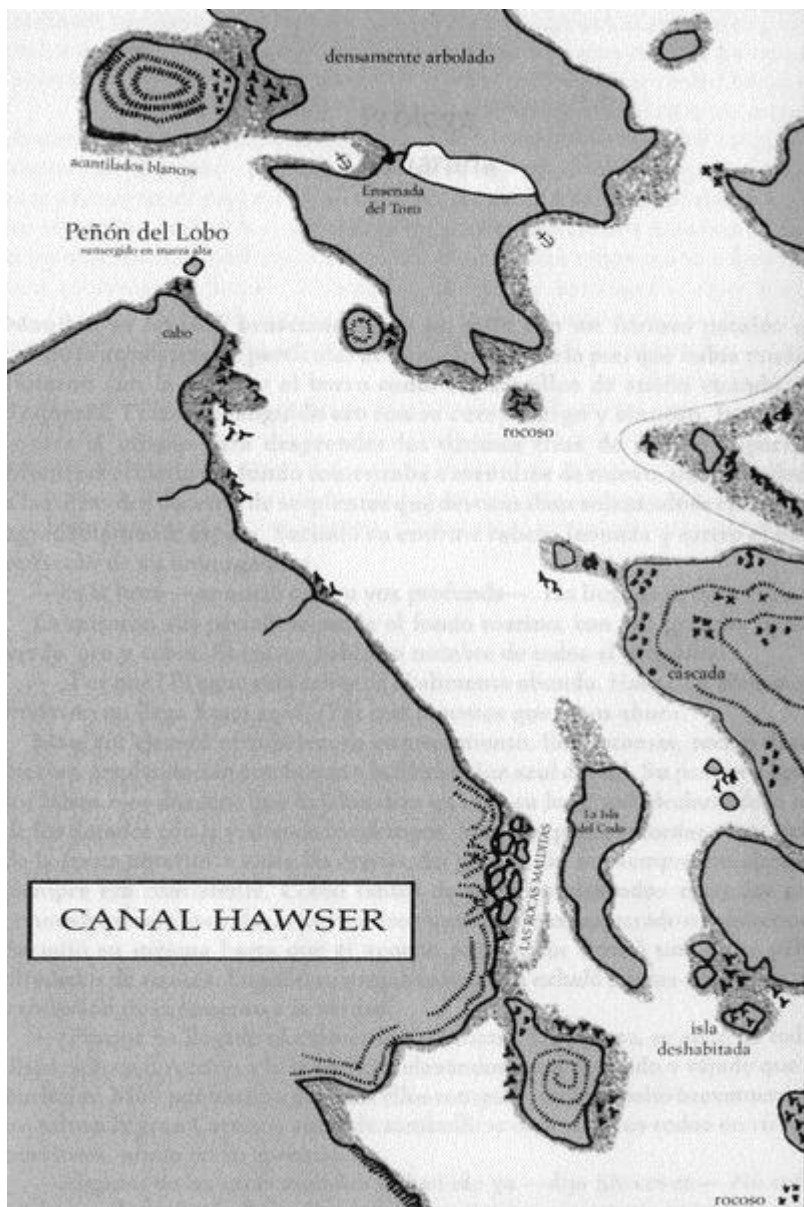
---

## Agradecimientos

---

La autora quisiera dar las gracias a Gale Zimmerman, de Software Alternatives, con sede en Tacoma, Washington, por la rápida y compasiva ayuda prestada a la hora de aniquilar el virus informático que a punto estuvo de zamparse esta novela.





## Prólogo

### La Maraña

Maulkin se levantó bruscamente de su baño con un furioso pataleo que colmó la atmósfera de partículas de agua. Jirones de la piel que había mudado flotaron con la arena y el barro como los zarcillos de sueño cuando uno despierta. Trazó un lánguido aro con su cuerpo largo y sinuoso, frotándose contra sí mismo para desprender las últimas tiras de pellejo superfluo. Mientras el cieno del fondo comenzaba a asentarse de nuevo, miró alrededor a las otras dos docenas de serpientes que descansaban solazándose en la tierra agradablemente áspera. Sacudió su enorme cabeza leonada y estiró el vasto músculo de su envergadura.

—Es la hora —anunció con su voz profunda—. Ha llegado el momento.

Lo miraron sin pestañear desde el fondo marino, con sus grandes ojos de verde, oro y cobre. Shreever habló en nombre de todos al preguntar:

—¿Por qué? El agua está caliente, el alimento abunda. Hace cien años que el invierno no llega hasta aquí. ¿Por qué tenemos que irnos ahora?

Maulkin ejecutó otro perezoso enroscamiento. Sus escamas, recién descubiertas, resplandecían con fuerza a la filtrada luz azul del sol. Su pavoneo bruñó los falsos ojos dorados que lo jalonaban en toda su longitud, declarándolo uno de los dotados con la visión de los tiempos. Maulkin podía recordar cosas, cosas de la época anterior a todas las épocas. Su percepción no siempre era clara, no siempre era consistente. Como tantos de aquellos atrapados entre las

eras, conocedor de ambas vidas, a menudo se mostraba desconcentrado e incoherente. Sacudió su melena hasta que el veneno paralizador formó una nube pálida alrededor de su cara. Engulló su propia toxina y la exhaló por las agallas en una exhibición de juramento a la verdad.

—¡Porque ha llegado el momento! —insistió. De pronto, se alejó de todos, disparado en dirección a la superficie, elevándose más decidido y rápido que las burbujas. Muy por encima de todos ellos rompió el techo y salió brevemente de un salto a la gran Carencia antes de zambullirse otra vez. Los rodeó en círculos nerviosos, mudo en su apremio.

—Algunas de las otras marañas se han ido ya —dijo Shreever—. No todas, ni siquiera la mayoría. Pero sí las suficientes como para notar su ausencia cuando salimos a la Carencia a cantar. Puede que haya llegado el momento.

Sessurea se hundió un poco más en el barro.

—Y puede que no —dijo con parsimonia—. Creo que deberíamos esperar hasta que se vaya la maraña de Aubren. Aubren es... más firme que Maulkin.

Junto a él, Shreever se despegó bruscamente del fango. El reluciente escarlata de su piel nueva era asombroso. Todavía colgaban de ella jirones de granate. Arrancó un gran pedazo de un bocado y se lo tragó antes de hablar.

—Quizá deberías unirme a la maraña de Aubren, si dudas de las palabras de Maulkin. Yo, por mi parte, lo seguiré hasta el norte. Más vale partir demasiado pronto que demasiado tarde. Más vale irse ahora, tal vez, que llegar con decenas de otras marañas y tener que disputarse la comida. —Atravesó ágilmente un nudo hecho de su propio cuerpo, frotándose para soltar los últimos fragmentos de piel vieja. Zangoloteó su melena e irguió la cabeza. Su anuncio, más estridente, estremeció las aguas—. ¡Ya voy, Maulkin! ¡Te sigo!

Subió para unirse a la sinuosa danza que estaba practicando su líder por encima de sus cabezas.



De una en una, las demás grandes serpientes liberaron sus largos cuerpos del barro pegajoso y la piel obsoleta. Todas, incluso Sessurea, surgieron de las profundidades para nadar en círculos en las cálidas aguas justo por debajo del techo de la Abundancia, sumándose al baile de la mañana. Irían al norte, de regreso a las aguas de las que habían salido, en aquella época tan lejana que muy pocas de ellas recordaban todavía.

# Pleno Verano

## Capítulo 1

### De sacerdotes y piratas

Kennit paseaba por la línea de la marea alta, sin prestar atención a las olas de sal que le rodeaban las botas para borrar a lengüetazos sus huellas de la playa arenosa. Mantenía la vista fija en la desordenada línea de algas, conchas y nudos de madera de deriva que señalaban el alcance del agua. La marea acababa de empezar a cambiar, las olas se quedaban cada vez más cortas en su implorante caricia sobre la tierra. Al retirarse el agua salobre por la arena negra, desnudaría las desgastadas muelas de esquisto y las marañas de quelpo que se ocultaban ahora bajo las olas.

En la otra punta de la Isla de los Otros, su buque de dos palos aguardaba anclado en la Ensenada del Engaño. Había traído a puerto la *Marietta* cuando los vientos de la mañana despejaban el cielo de los últimos restos de la tormenta. La marea todavía estaba subiendo entonces, las afiladas rocas de la célebre ensenada desaparecían a regañadientes bajo una espumosa celosía de color verde. La lancha del barco había sorteado, rascando, las rocas cubiertas de percebes para depositarlos a Gankis y a él en la orilla, en una diminuta uña de arena negra que desapareció por completo cuando los vientos de tormenta empujaron las olas más allá de las marcas de la marea alta. Sobre su cabeza se cernían los acantilados de pizarra, y unos árboles perennes tan oscuros que casi parecían negros se asomaban en precario equilibrio, desafiando al viento imperante. Aún

para los nervios de hierro de Kennit, fue como introducirse en la boca entreabierto de una criatura.

Habían dejado a Ópalo, el grumete de la nave, encargado de proteger la lancha de los misteriosos infortunios que tan a menudo se abaten sobre las embarcaciones sin vigilancia en la Ensenada del Engaño. Para intranquilidad del muchacho, Kennit había ordenado a Gankis que lo acompañara, dejando así solos la barca y al chico. La última vez que lo vio Kennit, el muchacho estaba perchado en el casco varado. Su mirada alternaba entre atemorizados vistazos dirigidos por encima del hombro a las boscosas cimas de los acantilados y ansioso escrutinios hacia donde la *Marietta* peleaba con sus anclas, ansiosa por unirse a la vertiginosa corriente que pasaba junto a la boca de la ensenada.

Los peligros que entrañaba el visitar esta isla eran legendarios. No se trataba tan solo de la hostilidad de, aún, el «mejor» anclaje en la isla, ni de los extraños accidentes que solían sufrir las naves y los visitantes por igual. La isla entera estaba envuelta en la peculiar magia de los Otros. Kennit había sentido cómo tiraba de él mientras seguía el sendero que comunicaba la Ensenada del Engaño con la Playa del Tesoro. Para tratarse de un camino poco transitado, su grava negra estaba milagrosamente limpia de hojas caídas o plantas intrusas. A su alrededor, los árboles dejaban caer la lluvia de segunda mano de la tormenta de la noche anterior sobre frondas de helechos cargadas ya de gotas de cristal. El aire era frío y vivo. Flores de brillantes colores, creciendo siempre al menos a la altura de una persona de distancia del sendero, desafiaban la penumbra del ensombrecido lecho del bosque. Sus fragancias flotaban tentadoramente en el aire de la mañana como si invitaran a los hombres a desistir de cualquier empresa y explorar su mundo. De aspecto menos saludable eran los hongos naranjas que se escalonaban en los troncos de muchos de los árboles. La asombrosa brillantez de su color le indicaba a Kennit hambrientos parásitos. Una tela de araña, tachonada

al igual que los helechos de delicadas gotas de agua rutilante, se atravesó en su camino y los obligó a agacharse para pasar por debajo. La araña que acechaba en los bordes de sus hebras era tan naranja como los hongos, y casi tan grande como el puño de un bebé. Una rana arbórea verde estaba atrapada y se debatía en los pegajosos hilos de la tela, pero la araña no mostraba ningún interés. Gankis emitió un ruidito de consternación cuando se agazapó para pasar por debajo.

Este camino atravesaba directamente el reino de los Otros. Aquí era donde un hombre podía cruzar los nebulosos contornos de su territorio, siempre y cuando osara abandonar el sendero bien marcado reservado para los humanos y se adentrara en el bosque para buscarlos. En tiempos pasados, rezan las historias, los héroes acudían aquí no para seguir el camino, sino para abandonarlo deliberadamente, para desafiar a los Otros en sus guaridas y buscar la sabiduría de su diosa aprisionada en una cueva, o exigir dones tales como capas de invisibilidad y espadas envueltas en llamas que eran capaces de traspasar cualquier escudo. Los bardos que han tenido el valor de aventurarse por este camino habían vuelto a sus tierras de origen con voces capaces de romper los tímpanos de una persona con su poder, o de derretir el corazón de quien las oyera con su habilidad. Por todos era sabido el relato de Kaven Rizos de Cuervo, que vivió con los Otros durante cincuenta años y regresó como si solo hubiera pasado un día para él, aunque con el cabello del color del oro y los ojos como ascuas al rojo, y apasionadas canciones que desgranaban el futuro en rimas enrevesadas. Kennit soltó un suave bufido para sí. Todo el mundo había oído esas viejas historias, pero si había habido alguien que osara salirse del sendero en tiempos de Kennit, no se lo había contado a nadie. Quizá no hubiera vuelto nunca para jactarse de ello. El pirata expulsó esas ideas de su cabeza. No había venido a la isla para

abandonar el camino, sino para seguirlo hasta el final. Y todos sabían también lo que aguardaba allí.

Kennit había seguido el sendero de grava que discurría entre las colinas boscosas del interior de la isla, hasta que su sinuoso descenso los vertió en una meseta tupida de hierba que enmarcaba la amplia curva de una playa abierta. Ésta era la orilla opuesta de la diminuta isla. Las leyendas predecían que cualquier barco que anclara aquí tendría solo el más allá como siguiente puerto de escala. Kennit no había encontrado archivo alguno sobre ninguna nave que se hubiera atrevido a poner a prueba ese rumor. Si alguna lo había hecho, su osadía se había ido al infierno con ella.

El cielo era de un límpido azul despejado de nubes por la tormenta de la noche anterior. La larga curva de la playa de roca y arena se interrumpía únicamente por un arroyo de agua clara que se abría paso a través de la elevada orilla de hierba que apuntalaba la playa. El riachuelo serpeaba por la arena para ser devorado por el mar. A lo lejos se alzaban acantilados más altos de esquisto negro, comarcando el extremo más alejado de la playa en forma de uña. Una puntiaguda torre de esquisto señoreaba al margen de la isla, sobresaliendo perversamente con una pequeña extensión de playa entre ella y su acantilado madre. La grieta del acantilado enmarcaba una rodaja azul de cielo y mar picada.

—Anoche tuvimos una generosa porción de viento y espuma, señor. Algunos dicen que el mejor lugar para pasear por la Playa del Tesoro son esas dunas de hierba de ahí arriba... dicen que cuando se desata la tormenta, las olas arrojan cosas aquí, objetos frágiles que cualquiera esperaría que se hicieran añicos contra las rocas y demás, pero que recalán entre esas juncias de ahí, con toda la delicadeza del mundo. —Gankis jadeó las palabras mientras trotaba pisando los talones de Kennit. Tenía que alargar la zancada para mantener el paso del alto pirata—. Un tío mío... o sea, en realidad estaba casado con mi tía, la hermana de mi ma-

dre... decía saber de un hombre que había encontrado una cajita de madera ahí arriba, negra, reluciente y toda pintada con flores. Dentro había una pequeña estatua de cristal de una mujer con alas de mariposa. Pero no de cristal transparente, no, los colores de las alas estaban inscritos directamente en el cristal, sí señor.

Gankis interrumpió su relato y medio agachó la cabeza mientras observaba cautamente a su capitán.

—¿Le gustaría saber lo que dijeron los Otros que significaba? —inquirió con cuidado.

Kennit se detuvo para escarbar con la punta de la bota en un pliegue de la arena mojada. Se vio recompensado por un destello dorado. Se agachó con indiferencia para enganchar con el dedo una fina cadena de oro. Cuando la levantó, un relicario salió con un chasquido de su tumba de arena. Lo limpió en sus elegantes pantalones de lino y accionó hábilmente el cierre diminuto. Las dos mitades de oro se abrieron de golpe. El agua salada se había colado por los filos del relicario, pero aún así le sonrió el retrato de una mujer joven, con la mirada a un tiempo jovial y tímidamente reprobatoria. Kennit se limitó a gruñir ante su hallazgo, y se lo guardó en el bolsillo de su chaleco con brocados.

—Capitán, ya sabe usted que no permitirán que se quede con eso. Nadie se queda con nada de lo que encuentre en la Playa del Tesoro —señaló tentativamente Gankis.

—¿No? —respondió Kennit. Imprimió una nota de humorismo a su voz, para ver cómo se preguntaba Gankis si se trataba de una burla o de una amenaza.

Gankis cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra, subrepticamente, hasta dejar su rostro lejos del alcance del puño de su capitán.

—Eso dicen, señor —replicó con vacilación—. Que nadie se lleva a casa lo que encuentra en la Playa del Tesoro. Sé de buena tinta que el amigo de mi tío no lo hizo. Cuando el Otro vio lo que había encontrado y leyó su futuro en